
XXIII

DESDE LA VELETA.—CARTA A LA ACADEMIA DE LA LENGUA

EN tanto que las miradas no se apartan de las veletas que giran en los campanarios, las interrupciones que había sufrido la vida orgánica y política de la corte de España van desapareciendo, y pronto las funciones que caracterizan su existencia volverán a aparecer con los mismos determinados síntomas. Si las veletas, que son ahora el objeto que más atrae nuestra vista, pudieran contemplar desde su altura, el aspecto de la población y medir su imperturbable círculo el movimiento de la multitud, ¡con cuánto placer olvidarían su tarea de señalar el caprichoso correteo de Eolo para fijar en la tierra su aguja inflexible como un dedo acusador; para escudriñar con veleidosa atención las posiciones que el viento de tierra hace tomar a los individuos que andan por esas calles sometidos a su versátil influencia!

Es preciso confesar que el nido de la cigüeña es una mag-

nífica tribuna, donde más de un orador pudiera anatematizar la corrupción de la villa, y sería el más feliz de los mortales aquel que pudiera asirse a la campana, como el buen Quasimodo, y contemplar dando volteretas en el aire el inmenso panorama que se extiende bajo el horizonte que describe la veleta en su incesante movimiento. Imaginemos una excursión a vista de pájaro; y ya que no podemos, como el diablo Cojuelo, levantar los tejados para registrar con nuestra mirada las interioridades de las habitaciones, ya encontraríamos asunto para divertirnos en la simple contemplación de las calles, y de los dramas, sainetes y comedias que desenvuelven su complicada acción en más de una esquina.

Qué magnífico sería abarcar en un solo momento toda la perspectiva de las calles de Madrid; ver el que entra, el que sale, el que ronda, el que aguarda, el que acecha; ver el camino de éste, el encuentro, la sorpresa del otro; seguir al simón que es bruscamente alquilado para dar cabida a una amable pareja; verle divagar como quien no va a ninguna parte; verle parar depositando sus tórtolos allí donde un ojo celoso no se oculte entre el gentío; ver el carruaje del ministro, pedestal ambulante de dos escarapelas rojas, dirigirse a la oficina o a Palacio, procurando llegar antes que el coche del nuncio; mirar hacia la Castellana y ver la vanidad arrastrada por elegantes cuadrúpedos, midiendo el reducido paseo, como si el premio de una regata se prometiera al que da más vueltas; sorprender las maquinaciones amorosas que en aquel laberinto de ruedas se fraguan durante el momentáneo encuentro de dos vehículos; ver al marido y a la mujer arrastrados en dirección contraria, rodando el uno hacia el naciente y la otra hacia el poniente, permitiéndose, si se encuentran, el cambio de un frío saludo; ver la gente pedestre en el paseo de la izquierda contemplando con envidia la suntuosidad del centro; seguir el paso incierto del tahur que se encamina al garito; ver des-

cender la noche sobre la villa y proteger en su casta obscuridad la pesca nocturna que hacen en las calles más céntricas las estucadas ninfas de la calle de Gitanos; oír la serenata que suena junto al balcón y contemplar la rendija de luz que indica la afición musical de la beldad que vela en aquella alcoba; esperar el día y ver la escuálida figura del jugador que, tiritando y soñoliento entra en el café a confortarse con un trasnochado chocolate; ver los mercados abriendo al público sus pestíferos armarios; ver al sacristán moviendo el pesado cerrojo en la puerta santa, y contar las primeras mojigatas que suben las sucias escaleras del templo; ver de quién es el primer cuarto que recoge el ciego en su mano petrificada; ver salir de una puerta un ataúd gallegamente conducido, y saber dónde ha muerto un hombre; ver salir al comadrón y saber dónde ha nacido un hombre; ver... pero adónde vamos a parar.

¡Cuántas cosas veríamos de una vez, si el natural aplomo y la gravedad de nuestra humanidad nos permitieran ensartarnos a manera de veleta en el campanario de Santa Cruz, que tiene fama de ser el más elevado de esta campanuda villa del oso! ¡Cuántas cómicas y lamentables escenas se desarrollarían bajo nosotros! ¡Qué magnífico punto de vista es una veleta para el que tome la perspectiva de la capital de España! Recomendamos a los novelistas que tan a saber explotan la literatura moderna, el uso de este elevadísimo asiento, desde donde podrían abarcar de un solo golpe lo que jamás pudieron ver ojos madrileños; donde sus plumas podrán tomar, oportunamente remojadas, toda la hiel que parece necesaria a sazonar el amargo condimento de la novela moderna. Suban a las torres, y allí, colocados a horcajadas en el cuadrante, con un pie en el Ocaso y otro en el Oriente, podrán crear un género literario remontadísimo, que desde hoy nos atrevemos a bautizar con el nombre de literatura de veleta.

* * *

Nuestra intención, al comenzar esta Revista, caros lectores, era subir y explicaros desde allí cuanto a nuestra vista se presentara. La semana es estéril; no hay más acontecimiento que un millón que dicen viene hacia Madrid por el camino de La Granja; la política no ha hecho más que bostezar; la literatura y las artes sólo han dado traspiés; necesario era buscar sobre los tejados lo que faltaba de tejas abajo. A fuerza de mirar la veleta por si señalaba Norte, nos vino la idea de subir a ella, y era nuestra intención dar cuatro volteretas por el aire y escudriñar cuanto de notable pasara desde el Palacio Real a los Campos Elíseos; desde la nueva Deuda a la fábrica del Gas, cuando vino a nuestras manos un documento que no podemos pasar en silencio; descendemos, por lo tanto, de nuestra cúspide, y después de pedir perdón por nuestras digresiones de veleta, hijas de la falta de acontecimientos, pasamos a copiar una carta que un literato de provincias dirige a la Academia, exponiendo caballerosamente las razones por qué aspira (¡qué inmoralidad!), a entrar en el seno de esta casta señora.

Antes conviene *historiar*, como se dice ahora; conviene exponer algunos antecedentes sobre la vida y costumbres de esta que vivió en olor de Santa, y que hoy, si no mienten, anda en malos tratos y concede más favores que los que permiten su tradicional gravedad y prosopopeya.

La Academia es una señora entrada en carnes, bastante vieja, pero muy bien conservada; habla mejor que un libro y vive de platicar con todas las eminencias literarias de nuestros tiempos. Su lenguaje es siempre grave; si alguna vez se permite hacer reír a sus tertulios, emplea frases humorísticas de tan delicada intención, que se creería escuchar la voz de cierto *parlante* tan curioso como hábil. Si se da a criticar, manifiesta buen gusto y condición; traduce alguna vez con tanta perfección como Ventura de la Vega, y hace

dramas que pasarían por obras de García Gutiérrez, Tamayo o de Ayala.

Uno de sus más dignos tertulios ha muerto. Los que quedan, buscan, armados de linterna, un hombre que le sustituya, y no hallándole, echan mano al primero que pasa por la calle, y le arman caballero, le hacen académico. Entre los chicos que han reclutado hay algunos de bastante meollo, y dignos, si no de llenar el vacío que dejó la muerte del duque de Rivas, por lo menos de consagrar su vida y sus talentos a *limpiar, fijar y dar esplendor* a la cultiparlante lengua que habló Cervantes; pero hay otros que creen que es tan fácil saber hablar el castellano, como hacer de ministro, y hélos aquí enclavados en el escaño, donde el autor de *Don Alvaro* ilustró la literatura española.

El autor de la carta que copiamos a continuación no quiere ser menos que otros, y en términos *derechos* y galantes, dirige a la señora de la Lengua la más enternecedora de las epístolas.

Dice así:

«Muy respetable señora mía: La fama pregonera trajo a mi noticia vuestra discreción y recato por argentinas lenguas celebrados, y tanto en mi entendimiento obró la noticia de vuestras prendas, y de tal modo afectó mis acrisolados sentimientos el deseo de poseeros, que ya mi voluntad aspira a escalar el alcázar de vuestros encantos y a romper cañas en el torneo de vuestra simpatía. No perderé el tiempo si os enumero una por una las alineadas cualidades que mi persona adornan, y que son otras tantas saetas con que rendir intento tan inexpugnable fortaleza; os contaré, grandiosa señora, los méritos de este vuestro rendido vasallo que a vos intenta dirigir derechamente sus facultades, que están sedientas de refrescar en la cristalina fuente de vuestra hermosura. Nací en Torrelaguna, donde mi padrino, que era un hombre de letras, me enseñó todas aquellas humanidades que

necesarias son al primordial cultivo del entendimiento; en la escuela leía más de corrido que el fiel de fechos, que es hoy ministro por la gracia de Dios y desgracia de España. Crecido y entrado en años, fuí a Madrid y bien pronto me vi bachiller *in utroque*; tuve amistades con el gran autor de comedias Luciano Francisco Comella, y bebí algunas cañas con el sapientísimo don Hermógenes, de quien habla en su *Café* el fastidioso Inarco Celenio. Bien pronto el trato y comercio con las musas me inspiraron números suaves, y mi sonora cítara cantó en flébiles tonos las gracias de Paca y las cuitas de este su trasconejado quejumbroso amante. De vuelta a mi pueblo, compuse en variedad de metro una discretísima loa, donde a guisa de tragi-comedia aparecían los dos tiernos pastores que sabrosamente platicaban con San Sebastián y San Isidro; los ovillejos que escribí cuando la hija del herrador casó con el alguacil de mi pueblo, dieron que hablar a todo el vecindario, y sendos tirones me costó el que el alcalde no los imprimiera por su cuenta y riesgo para memoria de las gentes pasadas, presentes y venideras. No bien transcurrido un año, dí feliz engendro a una anacrónica que empezaba:

¡Oh, melificado néctar
de sabrosa dulcedumbre!

Impresa por Navamorcuende, circuló por todas las calles y callejones de Madrid, con profunda pena de un tal don Mariano José de Larra, sañoso crítico que recibió de mal talante el que yo fuera alcanzador de tanta gloria. El dulce silabizar de mi musa servía de solaz a todas las bellas que frecuentaban los Caños del Peral, y no había tertulia que no me buscara, ni señorón encopetado que no amase mi trato, ni fraile que no me consultase antes de la homilía, ni monja que no aderezase para mi regalo sendos bollos de sabrosísima manteca.

Más de un entremés ingenioso compuse para las tertulias del príncipe de la Paz, y canté en aónidas cuerdas las habilidades de este Píoces esclarecido; mi fama galopó por toda la monarquía, llevando mi nombre a los que beben las frescas aguas del Ebro y a los que se bañan en el aurífero Darro.

Avancé en edad, y con mi vida creció mi nombradía; mas el hado que, a campesinas empresas me destinaba, quiso que abandonase el tirso por tomar la podadera; que depusiera el plectro por empuñar el arado, y me ocupé en labrar unos majuelos que heredé de mi tío el canónigo de Zamora. Las tareas del campo me permiten de vez en cuando tañer a la sombra de añosa encina la zampoña con que en otros días cantaba mis amores pastoriles. Mis cabras seestean junto a mí, saboreando el tomillo y la mejorana, y mis años se deslizan en bucólica paz por el sendero de la vida, que serpentea hasta la cumbre de la mansión de eterna bienandanza.

Aunque tengo ochenta frescas primaveras y me hallo, a juzgar por la flaqueza de mis canillas, próximo a asir el aldabón de la puerta del cielo, ofrezco a vos, cultísima señora, mis servicios, y aspiro a los favores que tan manirrotalemente prodigáis a más de un currutaco. Dadme el sí que deseo, y volaré a colarme en vuestro seno, pundonorosísima señora, y os prometo que sabré daros lustre y aumentar vuestra esclarecida nombradía. Mansamente sabré pacer a vuestros pies la salutífera yerba del buen sentido, y rumiaré como gracioso recental la fresca mata del justo criterio. Sabré coordinar sendos prólogos a cualquier libro de versos, y si es vuestro antojo y deseo, consiento hasta en traducir de la habla galicana una dulcísima comedia, que es empresa que no sienta bien a mis años ni a la gravedad y retorcida cultura de mi estilo.

Dadme, señora castísima, pronta respuesta por conducto de cualquiera de vuestros ganapanes, que el escozor de no

ser recibido me hace cosquillas en la concavidad de mi cuerpo. Acoged las ofertas por honrados pechos ofrecidas. Pronunciad mi funérea sentencia o llenad mi corazón de clamorosa alegría. Entretanto que me contestéis he impuesto a mis carnes duro castigo, y prometo no yantar sobre manteles ni con princesas folgar, hasta que en la tenebrosidad de mi alma penetre el rayo febeo de vuestro sí. Ya está mi mula aparejada en el corral y dispuesta a llevarme a besar rendido las pedestres extremidades de vuestra académica humanidad.

Pedro Carrillo, conocido entre los árcades de Roma por Homunculus Euphrodonciaco.»

Nos abstenemos de comentar esta carta, y dejamos al buen juicio de nuestros lectores la pretensión del Buen Pedro Carrillo.

Ya se habla del señor Selgas para ocupar la plaza del señor Pacheco. Creemos al autor de *La Primavera* más digno de entrar en la Academia que algunos de sus futuros colegas.

Enero 7 de 1866.

R 113385

BENITO PEREZ GALDOS

**CRÓNICA
DE MADRID**

(1865-1866)

Obra inédita

PROLOGO DE

ALBERTO GHIRALDO



Editorial Castro, S. A.
Carabanchel Bajo Madrid